DEBER DE HISPANOAMERICA

POR

JOSE VASCONCELOS

La reciente visita que el profesor Vasconcelos ha hecho a España, ha reavivado en nosotros su recuerdo, dando a su eminente figura un perfil de actualidad.

Pocas cosas podían decirse sobre Vasconcelos, cuya persona nos está tan entrañablemente unida, que no sean conocidas de nuestros lectores. Don José Vasconcelos Calderón ha nacido en Oaxaca (Méjico) el año 1882. Cursó sus estudios de Derecho y Filosofía en Méjico, dedicándose después, inspirado siempre en una generosa actividad hispánica, a la política y a la cultura, campos en los que ha ido dejando profunda huella de su saber y de su experiencia. De entre las innumerables publicaciones que han brotado de su pluma, queremos destacar: Metafísica, Etica, Estética, Lógica *y* La breve historia de Méjico.

A continuación publicamos un breve, pero profundo ensayo en el que Vasconcelos expone su idea acerca del iberoamericanismo contemporáneo.

HACE aproximadamente veinticinco años—el espacio de una generación—y con motivo de un Congreso Iberoamericano, establecimos contacto estrecho, mejicanos y peruanos, argentinos y colombianos, en las salas de esta misma Universidad de Méjico, que hoy vuelve a cobijar nuestras reuniones. Éramos jóvenes y nos dedicábamos al oficio favorito de la juventud: minar los cimientos de una era podrida, para sentar las bases de un futuro glorioso.

Apenas si sospechamos entonces que el mundo entero, junto con nosotros, se hallaba a las puertas del gran cataclismo que todavía nos tiene presos en sus abismos.

Comenzaba la influencia mundial de esa gran mentira que ha sido la revolución marxista y fuimos de los primeros en acogerla en Méjico con simpatías. En el ambiente continental, pequeños despotismos, fundados en la fuerza, hacían la comedia de interesarse por la suerte de los de abajo. Entre nosotros, la Revolu-

ción liquidaba su etapa de sacrificios y, según se afirmaba en el mando, consumaba la eliminación de los dirigentes honrados, en beneficio de los audaces, los inescrupulosos, los ignorantes. Quienes jamás tomaron sobre sí riesgo alguno en las horas de lucha, quienes no habían dado a la Revolución una hora de sacrificio, o un día de labor sin sueldo, se dedicaron a formar cortejo e improvisar doctrinas, en torno a dictadores ignorantes que en la propaganda oficial encarnaban, cada uno en su oprobio, «el momento más alto de la Revolución», «la bandera del proletariado» o «el progreso más evidente que vieron los siglos»; «los representativos de una revolución que era la maestra del Continente»; ¿quién de nosotros, iberoamericanos, carne de tiranía, no conoce este lenguaje menguado, que usualmente sigue a las matanzas que acallan las conciencias libres?

Por debajo, lo que ocurría en el fondo, era una inmensa traición a los ideales de libertad política, justicia económica y amor cristiano del hombre para el hombre, que eran los postulados de la revolución—en sus comienzos, y son los anhelos perdurables, de vuestros antepasados y los nuestros, y sus ancestros—, hombres de bien que han querido, no desde ahora, sino desde siempre, salvar este suelo de Iberoamérica, para lo que hoy se llama la civilización occidental, o sea la cristiana convivencia de las gentes, dedicadas a la investigación de la verdad, al trabajo provechoso, a la realización de la justicia, y a la dicha y complacencia de la honradez de los corazones.

Se agravó entre nosotros el fracaso por la influencia que en forma creciente nos llegaba de la Rusia Soviética. Allá también la inspiración cristiana que a la revolución habían dado los Tolstoy y Dostoyewsky, era suplantada con el filosofismo trasnochado, hibridismo Hegel-Darwin, del materialismo histórico.

Revolución y Cristianismo

La revolución nuestra, carente de voceros de categoría en el orden intelectual, era también de inspiración arraigadamente cristiana, según pueden demostrarlo prédicas y discursos sueltos de los primeros iniciadores, y algún documento tan viejo como mi carta a los estudiantes de Colombia, escrita en la época a que me referí hace unos instantes, en la cual se identifican cristianismo y revolución hasta el punto de afirmar que no puede ser fecunda la revolución que se aparte del espíritu cristiano; todo esto, también en contra de los que aquí mismo se propusieron consumar proceso idéntico al que se realizaba en Moscú. He creído necesarias estas referencias para explicar, que no justificar, pues no necesita justificación, el repudio que tantos hicimos de la influencia moscovita que en un principio acogimos con tanta simpatía. Le sonreímos cuando tomaba la efigie de Tolstoy: le volvimos la espalda cuando

nos llegó descarnada su consigna, que por cierto recibió quien habla, de labios de uno de los vuestros que, debo aclarar, tampoco la acató; decía la consigna soviética: «El cristianismo apesta: hay que enterralo.» Lenín se hacía eco del odio de Marx y saciaba su egolatría movilizando por todas las Rusias agentes policíacos que derribaban los iconos cristianos para reemplazarlos, en cada hogar, con el «rincón Lenín». Mi respuesta de revolucionario mejicano, más radical en lo económico que los tiranos soviéticos, que ya viajaban por entonces sólo en vagón de lujo, fué expresada en los términos más soeces del léxico popular de mi nación, afectando la ascendencia de los sacerdotes de la religión leninista. Pero no todos los revolucionarios de América reaccionaron en parecida forma. Casi todos los que habían logrado sumar lo insumable: la libertad y la dictadura, revolución y despotismo, apresuráronse a simular un ardor antirreligioso y especialmente anticristiano, pues les aseguraba posición en la ortodoxia exótica, y los liberaba del epíteto temido de: «reaccionarios».

La traición anticristiana

Y la traición se consumó. La consumaron en Rusia los incondicionales de un hombre y, entre nosotros, los que cambiaban la libertad por el capricho de un dictador, a pretexto de que lo pintaban de rojo y negro. ¿Los culpables? En todas partes podréis reconocerles por el gesto que levanta en la diestra el trapo rojo de los extremismos, para ocultar la izquierda, ocupada en llenar el bolsillo. Así es como pronto llegó a ocurrir, que los millonarios de la revolución llamasen reaccionarios a los revolucionarios que rehusaron cargarse de botín.

Y el resultado no se hizo esperar: Tierra y libertad fué en Méjico el grito magonista, recogido por Madero, repetido por Zapata. Tierra y libertad, con inspiración cristiana en la distribución de los bienes que habría de producir el trabajo. En lugar de libertad se les dió dictadura, cláusula de exclusión en el contrato de trabajo, y en vez de tierra propia, una organización semicomunal, semibancaria, completamente ruinosa para el agricultor, pero que ha dejado a salvo muchas saneadas industrias agrícolas de beneficio particular. Tal es el ciclo que acaba de cerrarse.

Los arrepentidos

Hoy, a los veinticinco años, el espacio de una generación fracasada, parece ayer, por las circunstancias que se renuevan. Un período de libertad de expresión nos permite hacer crítica objetiva. Una situación mundial extremadamente grave, nos obliga a todos a reflexionar, nos aparta de extremismos impracticables, nos de-

vuelve al programa factible de la democracia cristiano-social de los comienzos revolucionarios; a tal punto que ya los mismos secuaces de la «dictadura del proletariado», que nos acusaran de reaccionarios porque no nos veían en el carro de los vencedores del momento, vuelven a tomarnos la doctrina para hablar el lenguaje de la libertad, el lenguaje de la democracia. Bienvenidos los que se arrepienten. Nosotros no hemos cambiado, los discípulos de la verdad eterna, en lo que hace a la convicción, participamos de lo inmutable.

Nuestro lenguaje

A principios del siglo que corre, el venezolano García Rodríguez, en su libro *Camino de perfección*, aconsejaba reemplazar el estilo tradicional iberoamericano, hecho de exageraciones y de énfasis, por un tono varonil propio del que hace cosas y no de aquel que se limita a comentar cuanto escucha. Y al pensador le recomendaba el gesto orgulloso «que decapita el aplauso al nacer». Justo horror de aquella oratoria que lleva la sangre al cerebro y dejaba el corazón vacío e impotente. Lentamente, quizá, la realidad de nuestro sufrimiento o el mayor contacto del intelectual con la masa, ha ido cambiando el tono de nuestra literatura, haciéndola más sustantiva y menos plagada con la profusión de los adjetivos. Pocas frases y muchas obras. Silencioso y profundo ha de ser el iberoamericano de ahora; paciente, porque le tocó pertenecer a pueblos que no están haciendo la historia, y, sin embargo, deben colaborar para salvarla. Silencioso, porque guarda un secreto que inspira confianza: la promesa implícita en el verso del poeta que advirtió: «mi hora no ha llegado todavía». La hora del Continente nuestro no ha sonado, pero tenemos que participar en el destino de los pueblos que mantienen el cetro de los acontecimientos. Providencial es ya, que nos haya correspondido pactar alianza con los que hoy representan la ocasión más alta de la especie encarnada en la Civilización Occidental, que es también la nuestra. Gracias a esta circunstancia venturosa, nuestra participación, aunque secundaria, no es accidental. Para prestarla no hemos tenido que forzar ninguno de nuestros sentimientos; al contrario, todo nos impele hacia una colaboración resuelta y leal. Prestaremos esa colaboración sin reservas, sin perjuicio de honrar la hora prometida, la que hemos de llenar con nuestro esfuerzo generoso. Se nos ofrece de esta suerte una misión doble: la inmediata de participar con toda nuestra entereza en la defensa de la cultura cristiana amenazada, y otra que, aún aplazada, requiere la atención constante de nuestras conciencias: la de preparar a nuestra gente, a fin de que se haga digna del momento en que, llegada a plenitud, asuma la responsabilidad que incumbe a los pueblos cumbres, a los pueblos directores.

Misión de Iberoamérica

La conciencia iberoamericana situada en la región del no tiempo, es en el mundo presente la más indicada para juzgar hombres y cosas. No la ofuscan nacionalismos ni prejuicios, puesto que su liga con el pasado es agradecida, pero no parcial. Ignora el resentimiento porque sabe que su destino pertenece al futuro, y no le falta uno solo de los haces de la simpatía, porque en su constitución han entrado y siguen entrando las simientes todas de lo humano: España y Portugal, Europa toda, en parte, y lo aborigen, más una porción considerable de lo africano y poco de lo asiático; disponemos de seres vivos para formar la conciencia del mundo, y lo estamos haciendo en condiciones que se dan coherentes por primera vez en la historia. Desde luego, sin espíritu imperial que subordina todo a un tipo de fuerza, y sí al contrario, con espíritu cristiano, impregnado de la convicción de que cada individuo es único y puede apresurar la tarea de construir una humanidad universal. Nos aproximamos de esta manera a la madurez, en los instantes en que el mundo cambia de ruta.

Queremos en América los hispanoamericanos, que uno de esos cambios sea, con la tecnificación en el desarrollo de nuestros recursos, el respeto de la autonomía nacional y de la libertad individual. Cambio de política que nos permita colaborar en la construcción del mundo nuevo, según la idosincrasia de nuestros temperamentos, de acuerdo con el mensaje de nuestros corazones. Conquistaremos el derecho a esa autonomía, demostrando que somos capaces de consumar una síntesis humana más cabal y generosa que las anteriores, más despojada y alta, o por lo menos igual, en la capacidad de bien y de dicha a la mejor que haya alcanzado el hombre.

Ardua pero alta es la tarea; por eso, los que ya tramontamos, contemplamos casi con envidia a los que comienzan. Su oportunidad no podría ser más gloriosa; pero propiamente no hay, no puede haber envidia de una generación para la que le sigue. Y es más bien una sensación de consuelo y de alegría, y también, ¿por qué no decirlo?, de compasión y paternal angustia, la que experimentamos al contemplar las juventudes que han de llevar adelante la tarea de Atlantes que el momento exige, en tanto nosotros partimos a la empresa de ganar, si Dios quiere, el cielo.